

JUAN GELMAN
MARA LA MADRID

NI EL FLACO
PERDÓN DE DIOS

Hijos de desaparecidos

PLANETA
Espejo de la Argentina

HV 6822.2
A. G. G.
1997

A nuestros hijos
A nuestros nietos

ESPEJO DE LA ARGENTINA

Diseño de cubierta: Mario Blanco
Diseño de interior: Alejandro Ulloa

© 1997, Juan Gelman / Mara La Madrid

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1997, Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.
Independencia 1668, Buenos Aires
© 1997, Grupo Editorial Planeta

ISBN 950-742-815-1

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

A los integrantes de HIJOS.*

A todos aquellos que nos hicieron llegar
cartas, documentos, videos.

A los amigos que leyeron el manuscrito.

A Irma Hernández, ciudadana mexicana.

Agradecimientos

A las voces que dicen este libro:

Ana, Ana Laura, Andrea, Cascote, Daniela, Darío, Esteban, Federico, Fernando, Gabriela, Guadalupe, Josefina, Lucila, Marcos, María, María Laura, Mariano, Mariano, Martín, Ofelia, P., Patricia, Paula, Paula, Ramón, Raquel, Roberto, Rodrigo, Silvia, Silvina, Tomás, Victoria, Victoria, Virginia.

Luisa Abdala, Analía, Eduardo Basualdo, Patricia Bernardi, Jorge Bernetti, Hebe Bonafini, Pilar Calveiro, Adriana Calvo, Claudia Carlotto, Estela Carlotto, Nora de Cortiñas, Ana María Ezcurra, Lilia Ferreyra, Rogelio García Lupo, Gilou García Reinoso, Matilde y Santiago Mellibovsky, Chela y Emilio Mignone, Irma y Julio Morresi, Alicia Oliveira, Darío Olmo, José María Pasquini Durán, Adriana Puiggrós, Carlos Somigliana, Silvana Turner, Javier Urondo, Horacio Verbitsky.

Adriana Calvo
y Hebe Bonafini en/por la política/muerte
= en los años = en libertad

Un día toca el timbre una piba con acento marcadamente francés, casi no hablaba castellano, se sienta y dice "quiero saber quién era mi papá". Su padre había desaparecido en 1975. Ella cursaba Antropología en París, le ofrecen una beca para estudiar no sé qué cosa en la provincia de Buenos Aires. Tenía 24 años cuando volvió, se había ido a los 11.

De golpe, como una revelación, viene a Buenos Aires y sin conocer absolutamente nada de la ciudad, de la Argentina, de la política argentina, no sabía qué era la CGT, quién era Ubaldini, confundía a Graciela Fernández Meijide con Hebe Bonafini, en 48 horas empieza a golpear puertas de todo Buenos Aires, desesperadamente, en la Subsecretaría de Derechos Humanos, la Asamblea, Madres, nosotros, CGT, CTA, lo que saliera.

Tenía una agenda donde anotaba todos los nombres, todas las fechas, todos los datos, y una mezcla infernal en la cabeza, una mezcla loquísima de cosas. Después de un mes y pico —nosotros la ayudábamos— encontró la historia del padre. También sus restos. Lo enterró en su ciudad natal.

La vi en París en octubre del año pasado. Era una chica distinta de la francesa perdida en Buenos Aires que había sido. Hablaba perfectamente el castellano, con tonada porteña además, y se había convertido en una militante de los derechos humanos. Era otra persona, se había encontrado.

ADRIANA CALVO
Asociación de ex detenidos-desaparecidos
Buenos Aires, agosto de 1995

Firmaba Arias y decía que nos acompañaba en el dolor. Después, para las fiestas, recibimos una tarjeta de Menem. Nos deseaba muchas felicidades.

Buenos Aires, agosto de 1995

NADIE FUE CAPAZ

ANA LAURA: Mi papá se llamaba Mario y mi mamá Anahí. Desaparecieron el 10 de febrero de 1977 en Tolosa. Cuando entraron a mi casa mi papá no estaba, estaba mi mamá y esperaron siete horas a que mi papá viniera y la torturaban a mi mamá; y a mi hermana y a mí y a la señora que trabajaba en mi casa nos encerraron en el baño, y cuando mi papá llegó, afuera, afuera de mi casa, había un montón de gente esperando que mi papá llegara para ver cómo se los llevaban, sabían que estaban los militares esperando a mi papá adentro de mi casa y nadie, nadie fue capaz de decir no entres porque te están esperando, nadie. Y esas cosas son las que no me olvido.

ANA: Yo viví con mi papá y mi mamá hasta los cinco años. A mi papá se lo llevaron y seguí viviendo con mi mamá. Tengo recuerdos de haber vivido en muchas casas, con mucha gente, militantes, y cuando las cosas se complicaron más mi mamá llamó a mi abuela para que me cuidara unos quince días. Mi mamá me mandó una carta y después no escribió más. Esa única carta para mí es muy importante, yo creo que lo que escribió mi mamá nos sirve a todos, ella me prometía que íbamos a vivir en una casa muy grande, que íbamos a tener nuevos amigos, por ahí yo era muy chiquita y en ese momento no podía entender. Decía que toda la lucha que ellos estaban haciendo la hacían por todos, por un país mejor. Me hablaba de que había pobres y no tan pobres a los que había que ayudar y que no había que ser egoístas. Gracias a Dios tengo esa carta, no me olvido de lo que pensaba ella, ni de lo que les hicieron.

DANIELA: Tengo a mi vieja desaparecida en marzo del 77. Por

averiguaciones sabemos que en junio del 77 fue arrojada al río, al mejor estilo Scilingo. Yo más que nada quería decir que el tema de los desaparecidos puede ser un agujero tanto a nivel de cada uno como a nivel de la sociedad y me parece que este agujero también se sostiene a partir de las leyes de punto final, obediencia debida y el indulto, y que la mejor manera de que no siga siendo un agujero es a partir de la memoria.

RAMÓN: Mi papá está desaparecido. Como a los demás, también a él se lo llamó terrorista, o subversivo, o extremista, o cualquier título que generaliza a la persona. No tengo ni un miserable recuerdo de mi viejo, más allá de lo que me dicen. A partir de las preguntas que voy haciendo, empiezo a transformar ese execrable término de desaparecido o de extremista o cualquier otro que generaliza una cosa tan particular y tan entera como es una persona, una persona que se llamaba Daniel, que trabajaba de colectivero y de mecánico, que militaba aparte de esas dieciséis horas por día que trabajaba, que era mi papá y era parte de la sociedad. No hay que olvidar que todos somos un todo con los desaparecidos, que todos somos víctimas de un terrorismo de Estado que se aplicó para hacernos tener miedo, para hacernos creer que no nos podemos mover nunca más. Pero, digo, recuperemos la humanidad, recuperemos la posibilidad de no llamar más desaparecidos a los desaparecidos, se llamaban Juan, Ramón, María, Anahí, Pili, Gustavo y miles de nombres más, vivían, trabajaban y compartían su existencia con todos en el país y creo que merecen respeto y admiración por haber intentado, quizás en nombre de todos, cambiar la realidad. No tenemos que tener miedo de que nuestros padres, amigos, o nuestros primos, o nuestros abuelos desaparecidos eran comunistas, marxistas, peronistas o lo que fuera. Hay que llamar a las cosas por su nombre porque es la única manera de hacernos cargo de que somos parte de la historia, todos nosotros, los desaparecidos y los que estamos, todos. Y los que estamos, tenemos el deber de reivindicarlos manteniendo vigente en lo más profundo de nuestro corazón y nuestra alma aquello por lo que ellos murieron, fueron masacrados.

PAULA: Tengo a mis dos papás desaparecidos y el subcomisario de la Brigada de San Justo se quedó conmigo. Estuve con él hasta diciembre del 84 y mi abuela, abuela de Plaza de Mayo,

estuvo luchando todos estos años por mis viejos y por mí y finalmente logró que yo vuelva a la familia. Sobre mis padres no tuvo obviamente más respuesta que la que todos conocemos. Ese subcomisario me tuvo con él diciendo que yo era su hija, yo le decía papá a él. Cuando desaparecimos yo tenía 23 meses y aún así no me acuerdo de mis viejos, no me acuerdo nada. Y no sé qué puedo decir del apropiador, es una persona enferma, porque cómo puede estar una persona con un nene y querer que lo llame papá cuando seguramente sabe perfectamente bien dónde estuvieron los padres, y me hizo llamarlo papá y yo lo llamé papá. Yo me llamo Paula y desde que nací siempre me llamo Paula, ellos querían ponerme Luisa, querían que yo me llame Luisa. Yo no los dejé, me decían Luisa, yo les decía Paula, Luisa no, Paula. Me tuvieron que dejar Paula, ésa fue una gran ayuda para mi abuela. Desde que volví a mi casa no quise verlos más, una vez pedí mis cosas, no me las devolvieron, nunca más las volví a pedir, pero a él y a ella nunca los quise volver a ver. Tuve una audiencia judicial con ellos, fue cortísima porque solamente hice dos preguntas, una a cada uno. A ella le pregunté por qué no me decía la verdad, y a él le pregunté por mis viejos, y el juez decidió terminar la audiencia ahí.

OFELIA: Mis viejos desaparecieron en el 77, con ellos un matrimonio, vivían en la misma casa. Después viví con mi abuela. Cuando yo era chica me preguntaban por mis viejos y mis viejos no habían muerto, yo solamente vivía con mi abuela. Es difícil darle forma a algo que una no conoce, que una no sabe, que una no tiene la tumba para decir acá están. No se le puede poner nombre a algo que no se conoce, yo tenía dos años cuando desaparecieron, no me acuerdo nada de ellos, me acuerdo de mí mirando por la ventana, esperando que vuelvan. No sé si alguna vez podré realmente elaborar un duelo, creo que es muy difícil para todos.

MARTÍN: Mi viejo era arquitecto en La Plata, fue secuestrado en el 78 cuando yo tenía 11 años. Le decían Tito. Estuvo desaparecido dos años y lo largaron de la ESMA*, se exilió y murió en el exilio. Creo que, dentro de todo, mi historia es afortunada porque tengo recuerdos de mi viejo. Dentro del horror, es así. Es difícil contar, comprender la época, me acuerdo bastante de la persecución, vivir de un lado al otro, siempre saliendo muy tar-

de de noche a las corridas y ocultando el nombre, la dirección, no poder hablar. Ha pasado mucho tiempo y nos han quedado muchos agujeros en la memoria. Ahora estamos tratando poco a poco de reconstruir nuestra historia, que no nos cabía porque era demasiado terrible, a lo mejor sabemos qué pasó, pero no podemos soportarlo, hay que poder ir diciéndolo de a poco. Los hijos estamos vivos, seguimos adelante, haciendo nuestra vida, recuperando a nuestros padres con noticias de la gente que los conocía, nos dicen cómo eran, contentos de poder decir en público y con orgullo yo soy el hijo de Tito. Hay algo que nos pasó cuando muchos de nosotros nos conocimos. Durante la dictadura éramos niños. Hicieron cosas las madres, hicieron cosas las abuelas y nosotros éramos muy chicos para poder hablar. Entonces todo eso te lo tenías que guardar, toda la bronca, toda la angustia, todo el dolor, la reivindicación de nuestros padres, a quién se lo decías, a nadie, o a tu hermana, o a lo mejor a tu mamá, o a tu abuela, pero a muy poca gente. Ahora crecimos y ahora podemos hablar, por fin podemos hablar ahora, podemos decir qué es lo que queremos, qué es lo que sentimos. Tenemos la palabra.

MARIANO: Tengo 19 años, tengo a mi padre desaparecido. Mi madre fue torturada. Recuerdos de mi padre no tengo, absolutamente ninguno, y los primeros años de mi vida pasaron en ese clima desastroso porque nadie me podía explicar, a mi corta edad, qué había pasado realmente con mi padre, qué había pasado con la sociedad. Por lo que amigos de mi padre me van contando más o menos me voy enterando de por qué peleaba él, la necesidad que tenía de enfrentarse a tal horror, por qué vivía en constante peligro si tenía sumamente claro que iba a desaparecer en cualquier momento. Me siento muy apoyado por HIJOS. Más allá de todos los desastres que hemos pasado cada uno, estamos buscando salidas, la justicia, la condena moral de la sociedad, para que mañana no se repita esto. Todo lo que a mí me pasó cuando era niño no me gustaría que a nadie le pasara y voy a seguir luchando para que otro niño no sepa qué es la familia porque se lo cuenta otro, sino porque lo vivió. Yo no lo pude vivir.

UN HIJO: A mí me interesaría saber qué hacen los torturadores de mi viejo, de los viejos de todos nosotros, si compran papas,

hacen asados, andan en el auto más caro que se puedan comprar, como cualquiera, con la diferencia de que ellos son torturadores, asesinos y violadores que tienen en la memoria y en la conciencia la muerte y el horror y las manos manchadas de sangre. Hay que preguntarse qué están haciendo ahora los asesinos, si están entre nosotros, o esperándonos a la vuelta de la esquina, con la impunidad que tienen de ocupar los medios a los que nosotros a duras penas podemos llegar y de nombrarse con nombre y apellido y enorgullecerse de lo que hicieron y generar la posibilidad de que un chico lo mire por TV y diga ¡qué bueno, se puede torturar, total uno se arrepiente y no pasa nada!, o qué problema hay si yo digo me arrepentí y hay unas leyes de obediencia debida y punto final que me amparan y estoy indultado. Ocupémonos de los responsables, no sólo de las víctimas.

Testimonios prestados en la *Cátedra de Derechos Humanos de Osvaldo Bayer*
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, junio de 1995

- Que nadie salga de las escuelas sin saber.
- Hubo movilizaciones masivas contra la dictadura.
- Por ahí no fueron tan masivas. Lo que importa es que el resto de la sociedad que no participó en ellas ahora se sume a la condena.
- El tiempo histórico es otro. Pasaron 20 años solamente. En Alemania tuvieron que pasar 40. Allí hay una ley que prohíbe olvidar el Holocausto, mejor dicho, mentir sobre él.
- Tildan a nuestros padres de subversivos, de guerrilleros. Nuestros padres tenían ideales, sueños, utopías, un proyecto de país distinto. Queremos que la sociedad sepa quiénes fueron nuestros padres.
- Reivindicamos el proyecto. Los métodos son una cuestión aparte.

Escuchado en el campamento nacional de HIJOS

Córdoba, octubre de 1995

DICCIONARIOS

Nora de Cortiñas

Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Las Madres nos lanzamos a la calle en una búsqueda enloquecida de nuestros hijos. Una búsqueda que sin saberlo se transformó en una lucha política no partidista. No fue así desde el principio, al principio fue algo visceral. Todavía en muchas madres es así, no entienden que, aunque no lo quieran, esa lucha es política. Algunas ni siquiera sienten un enfrentamiento con las actitudes del gobierno.

Ningún partido político ha incorporado a su sustento ideológico los contenidos de nuestra lucha. Hay partidos políticos que llevan en ellos el drama de los desaparecidos, muchos militantes de diferentes partidos han pasado la represión, han sufrido el exilio y la persecución, pero los partidos no se ocupan de esas cosas. Atienden a la situación actual del país y no a lo que pasó.

Tal vez porque en esa época los partidos como tales terminaron siendo cómplices de la dictadura militar. No todos sus integrantes, pero como partidos políticos aceptaron intendencias y embajadas. Incluso un organismo de derechos humanos como la Liga de los Derechos del Hombre, vinculada al Partido Comunista, proponía que Videla era democrático, que no era tan malo, que había militares peores, y muchas veces nos inducía a no ir a la Plaza porque no había que enfrentarse con "el gobierno".

Dentro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, políticos como Alfonsín y otros pensaban de los desaparecidos "para qué se metieron" y exhibían una cierta complacencia con la dictadura. Creo que muchos políticos de centro y aun progresistas esperaban que los militares eliminaran a los "revoltosos" para entrar ellos después de la "limpieza" de quienes cuestiona-

ban un sistema injusto. Eso lo vivimos bajo la dictadura y cuando la dictadura terminó.

Hubo y hay políticos respetables que nos acompañaron todo el tiempo, que estuvieron con nosotras en las marchas, que nos han tendido la mano, que han firmado nuestros documentos. Son cosas que hay que valorar. Pero los dos partidos políticos mayoritarios terminaron siendo cómplices de la dictadura militar. Y también el Partido Socialista y el Partido Demócrata Progresista. Y el Partido Comunista, que sólo se preocupaba por sus militantes o los hijos de los militantes y decía que Videla era bueno. Esto es historia.

El doctor Oscar Alende me produjo una profunda desilusión personal. Su partido, el Intransigente, tenía una juventud muy batalladora que nos apoyó bastante bajo la dictadura. Y Alende sale a México para hablar con el exilio y con el gobierno mexicano en calidad de vocero de la dictadura, defendiendo la guerra de las Malvinas. Los políticos no trataron de intervenir en un hecho de la magnitud de una guerra, tenían que haber ido a la Casa Rosada para impedirla, se sabía en qué iba a terminar, en la muerte de más jóvenes que fueron a pelear mal armados, sin equipo. Fue una generación más que mandaron a la muerte. Hubo una gran falencia de los políticos en ese momento.

Las Madres nos opusimos a esa guerra, fuimos las únicas que nos opusimos. Publicamos una solicitada titulada "No a la guerra" y nos tuvimos que enfrentar con mucha gente y muchos políticos que venían a hablarnos y a decirnos que estábamos equivocadas. Mantuvimos firmemente el no a la guerra y más a una guerra declarada por la dictadura militar. Fuimos trasgresoras en muchas cosas y quizás también fuimos lúcidas, sin saber de política. Todo lo fuimos haciendo a golpes, quizás tuvimos intuición, de la alta política nunca entendimos nada. Quizás sacamos nuestras conclusiones de los contactos con políticos en las épocas más duras.

No sólo en esas épocas. Vimos cómo oscilaban los políticos en democracia, bajo Alfonsín, que si aceptaban o no aceptaban votar las leyes de punto final y obediencia debida. Las votaron, "con asco" decían, pero las votaron. El 90% del pueblo había votado por la democracia y ellos aprobaron leyes de impunidad

de un alcance como ése. Nuevamente se bajaron los pantalones ante los militares.

Y qué decir de gente como Firmenich* y otros jefes montoneros ahora pegados a Menem. Son traidores a una generación y creo que con los años hasta sus propios hijos se lo demandarán. Negociaron con los militares mientras torturaban y mataban a los militantes y ahora sacan tajada de un gobierno que indultó a los verdugos y le puso el moño de lujo a la impunidad. Firmenich debería saber que está caminando sobre sangre, muerte, desaparecidos y una tragedia que cayó sobre su organización y otras organizaciones. Lo que él traiciona día tras día.

Muy poco antes de asumir Alfonsín, Cecilia Viñas, una chica desaparecida, llamó por teléfono a la casa de su madre. La mamá reconoció la voz de su hija, que le dijo que estaba con otras personas. Llamó dos o tres veces y le llevamos a Alfonsín la grabación de esos llamados. El dijo que iba a investigar. En Rosario, al cierre de su campaña electoral, ya había dicho que había desaparecidos con vida y que si ganaba las elecciones iba a investigar.

Las madres creímos a pie juntillas que Alfonsín iba a hacer algo, que algunos desaparecidos iban a aparecer. No pasó nada. Ni siquiera sabemos si se investigó. Creo que si algunos desaparecidos estaban con vida al asumir Alfonsín, los mataron en los primeros 15 días de su gobierno. Son muertos que Alfonsín nos hubiera podido ahorrar.

Ahora hay una Subsecretaría de Derechos Humanos y cuando se estableció creímos que iba a trabajar por la justicia plena. Promovió algunos logros, como el de legalizar la figura de desaparición forzada. La palabra legalizar me duele en este caso. ¿Qué significa legalizar la desaparición forzada? Pero se pasó de la ley por la que había que dar por muerto al desaparecido y pedir un certificado de defunción para ciertos trámites, a la figura de la desaparición forzada. Es un trámite menos doloroso, aunque igual no cierra. La desaparición de un ser querido no cierra cuando no se sabe qué pasó con él y no hay posibilidad de un duelo.

Pero la Subsecretaría se volcó después a tratar de que todo fuera dinero y a querer con eso aplacar las exigencias de verdad y

130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

justicia. Nunca se ha esforzado por aclarar la verdad de lo ocurrido a los miles de detenidos-desaparecidos, tampoco de las desapariciones que se produjeron bajo los dos gobiernos civiles. No estoy poniendo en tela de juicio a quienes trabajan en la Subsecretaría, que a lo mejor piensan que pueden cambiar las cosas desde adentro. Pero creo, con total honestidad, que cuando el doctor Menem reivindicó el terrorismo de Estado, las torturas y todo lo ocurrido bajo la dictadura, tendrían que haber presentado la renuncia. La Subsecretaría ya no tenía razón de ser.

La Subsecretaría fue creada por una cuestión de imagen en el plano internacional. Porque la Argentina ha firmado pactos como el de Costa Rica de la OEA, otros de las Naciones Unidas, que la obligan a la observancia de los derechos humanos. En esos pactos se reconoce que los crímenes de lesa humanidad, como los que cometió la dictadura, son imprescriptibles y que los familiares de las víctimas —no me gusta llamarlas víctimas, fueron héroes y mártires— deben recibir una compensación económica. No veo mal que la reciban, no estamos en contra.

Los ex presos políticos también recibieron una indemnización, pero de ese modo no se paga nada de lo que han vivido, ni las torturas que les infligieron. Se puede cobrar o no ese dinero, es una decisión personal. Pero al dar la indemnización, el gobierno reconoce que existió el terrorismo de Estado. Lo obligan los pactos internacionales, porque si no, tampoco la ofrecería.

Hace muchos años que reclamamos al Congreso la aprobación de una ley que declare la desaparición forzada de personas como crimen de lesa humanidad, porque es un delito no amnistiable que sujeta a juicio al victimario. El tema era tratado por una comisión del Parlamento en la que bajo Alfonsín estaban Manzano y otros legisladores peronistas, también Augusto Comte y gente que nos apoyaba. Los radicales eran mayoría y no querían la ley, los peronistas sí. Ahora no quieren los peronistas. Esa ley no se podría aplicar con retroactividad, pero serviría para prevenir que se repitieran las desapariciones en el futuro.

Tampoco se modificó, como pedíamos, la figura de privación ilegítima de la libertad que el Código Penal establece en lugar

de secuestro por la que el delito prescribe a los 6 años. Los dos partidos mayoritarios no tienen interés en cambiar esas cosas y lo impiden cuando son gobierno. No hay voluntad política. Tampoco la tiene la Subsecretaría de Derechos Humanos. Debe ajustarse a las órdenes del Poder Ejecutivo.

Al principio las madres no sabíamos por qué se llevaron a nuestros hijos. Muchos de ellos ocultaban su militancia, en algunos casos para no preocupar a sus padres, en otros por disintir ideológica o políticamente con ellos. Nuestros hijos percibieron la opresión del sistema y se incorporaron a la resistencia popular. La represión estuvo destinada a sacar del medio a parte de una generación que desde distintos lugares de lucha quería un cambio.

Todavía hay madres, incluso organizadas, que dicen: "Mi hijo no estaba en nada". No quieren relacionar al hijo con una imagen que ellas temen y hacen entonces un ejercicio de ocultamiento de lo que sí saben de su hijo. No los querrán comprometer, pero no entienden que los comprometen más al no relacionarlos con nada, convirtiéndolos tristemente —como decían los militantes— en un mero perejil. Cuando en las familias se hable, se sepa y se acepte la verdad de la militancia de los desaparecidos, sólo entonces, la sociedad podrá reconocer y asumir la infamia militar y el genocidio.

No necesariamente todos los desaparecidos y todos los perseguidos tenían un compromiso político partidista. Muchos tenían un compromiso de conciencia con un sector de la Iglesia, con los cristianos de base, hay tantos desaparecidos entre ellos. No faltan padres que temen decirlo. Otros no lo dicen porque no llegaron a saberlo, hay desaparecidos muy jóvenes que no tuvieron esa comunicación con los padres, ni siquiera de sus ideales. No pocos chicos que hoy nos acompañan en las marchas dicen que la mamá no sabe que ellos vienen porque en ese caso les diría que no se metan. Ese miedo existe. Antes, más todavía.

En una ocasión también yo le dije a mi hijo: "No tenés que ir a esas movilizaciones, o si vas, no vayas adelante". Y Gustavo me respondió: "¿Qué querés, mamá? ¿Que vayan los hijos de otras madres?". No me olvido más de cuando me lo dijo, de su cari-

ta de chico tan honesto. Desde el día en que empecé a salir a la calle siempre fui adelante, no me importó qué me podía pasar y me di cuenta de cómo todos ellos querían ir adelante y hacia adelante.

Hay además una capa de ocultamiento sobre la lucha armada. Y hubo lucha armada. Hay que tomar conciencia de que eso no justifica las desapariciones. La argumentación que justifica las desapariciones por la lucha armada es la de los represores. Formó parte de la campaña militar dirigida a la conciencia social para justificar la represión y tuvo éxito.

Políticos que se dicen progresistas y algunos que integran organismos de derechos humanos dividen a los desaparecidos entre los que estaban en armas y los que no. De los primeros no hay que hablar. Hace poco se lo escuché a un diputado que pertenece a una comisión de derechos humanos. Dio una charla para recordar a los desaparecidos y empezó diciendo: "Voy a separar a los que estaban en la lucha armada de los que no". Algo muy doloroso cuando viene de un diputado que está en una comisión de derechos humanos. En la Constitución Nacional y en la doctrina social de la Iglesia se admite el levantamiento armado de los pueblos contra la injusticia. Reconocer que hubo lucha armada es una responsabilidad revolucionaria.

Al promulgar las leyes de punto final y obediencia debida y el indulto, los gobiernos constitucionales que siguieron a la dictadura reivindicaron el secuestro, la tortura, la desaparición y el asesinato. Por eso perdura el miedo a que se sepa la verdadera historia. En una historia verdadera no se calificaría a los golpes de Estado de revoluciones. ¿Se puede llamar Revolución Libertadora a un golpe de Estado? ¿Revolución de qué? ¿Libertadora de qué?

El lenguaje puede ser engañoso. Hay que hablar con términos verdaderos. ¿Por qué llamar Proceso a una dictadura militar genocida? Pienso que las Madres y los Hijos tenemos que fijar nuestro propio diccionario histórico. También los políticos progresistas usan los términos que heredamos de la dictadura. Creen que así salvarán a lo que llamamos democracia, tan frágil e imperfecta. Hay que hacer ese diccionario de la verdad.

Respecto al uso del término detenido-desaparecido en lugar de asesinado por la dictadura militar, pienso que mi hijo sigue siendo un desaparecido porque no conozco cuál fue su destino. Si lo mataron, no sé quién lo mató, ni dónde, ni cuándo y tampoco sé qué hicieron con su cuerpo. Esto pasa con miles, por eso siguen siendo los desaparecidos y nosotras seguimos buscando la verdad.

Los militares conocen la verdad que buscamos. Sabemos que microfilmaron sus archivos y muy probablemente los enviaron al exterior. Mientras el gobierno no tome una decisión política, nada se sabrá y se seguirá negando la existencia de las listas. Si el gobierno hiciera un acto de sinceramiento político, se encontraría la documentación sobre el destino de todos los detenidos-desaparecidos. Los militares registraron todo lo que hicieron.

Esto no va a cerrar nunca mientras no se sepa la verdad de manera oficial. Hasta entonces, nuestros hijos seguirán siendo los desaparecidos. Las declaraciones de los "arrepentidos" en modo alguno configuran una respuesta verdadera. Sólo demuestran que los militares utilizaron la metodología que todos nosotros denunciábamos. No más.

Este gobierno cree que con la promesa de pago de indemnizaciones a los familiares de los desaparecidos puede terminar con la exigencia de que se sepa la verdad y de que se haga justicia. Se equivoca. Los militares no sólo no tuvieron el derecho de desaparecer a mi hijo: tampoco tenían el derecho de juzgarlo. Una dictadura militar no tiene derecho a juzgar a ningún militante popular, un gobierno de facto no tiene ningún derecho, ya que surge de un avasallamiento de la Constitución.

Nadie que viva al día de los acontecimientos puede pensar que existen desaparecidos vivos en cautiverio. Los únicos desaparecidos con vida son los niños secuestrados. De esos sí sabemos que están vivos y los tienen militares, policías y sus cómplices, y algunas familias que los adoptaron sin saber que eran hijos de desaparecidos y que hasta el día de hoy no lo han averiguado.

Las Madres de Línea Fundadora estamos de acuerdo con las exhumaciones de restos de NN y con la procura de su identificación. Es una posición política: permite comprobar que hubo

tortura, asesinato y sepultura clandestina. Devolver un NN a una tumba, a un nombre, a una historia, es además un hecho revolucionario. El cuerpo de uno de los nuestros no se le deja al enemigo.

La impunidad de los militares empezó antes del golpe, cuando planificaron la represión. Siguió después del golpe con la clandestinización de los lugares de detención y la desaparición de los cuerpos. Eso fue aceptado por los partidos políticos, la Iglesia y buena parte de la comunidad internacional, que mantuvo un silencio cómplice con algunas excepciones. La URSS no condenó las atrocidades de la dictadura. Siguió comerciando con ella, impidió que se tratara en la Naciones Unidas el tema de los desaparecidos. Y es muy claro que EE.UU. sostuvo y mantuvo el plan represivo en el Cono Sur.

Para los hijos de desaparecidos, la búsqueda de la verdad histórica tropieza con esas paradojas que de pronto se dan en las familias, donde por un lado se dice y por el otro se oculta. En mi caso fue así. Mi nieto tenía dos años cuando secuestraron a mi hijo y no sabíamos qué decirle. Su madre pensaba que él no podía entender y yo tampoco tenía las cosas muy claras.

Todas las tardes le daban al chiquito ataques de llanto, de angustia, de miedo, y se metía en un placard. Un día no lo vimos. Lo buscamos en el placard, en otros escondites posibles y nada. Había "desaparecido". Finalmente lo encontramos en un rincón, debajo de un mueble junto a la cama.

En ese tiempo nosotras le decíamos que su papá estaba de viaje en Mar del Plata. El nos decía que no, que estaba en Mendoza. Cambiaba el lugar para mostrarnos que no creía que el padre estuviera en un lugar determinado. Como otras Madres, yo viajaba por el país para hacer denuncias y en esos casos siempre llamaba por teléfono. Un día, el chiquito que se escondía lleno de angustia dijo: "Si la abuela llama, ¿por qué no llama mi papá?". Decidimos entonces contarle. Tenía tres años.

Hasta hace unos años, cuando llegaba la Navidad creía que quizás mi hijo volviera, que me lo devolverían. No sé por qué en Navidad, pero no porque esperara de los militares algún gesto de humanidad. Era una forma de dar lugar a la esperanza. Creo que en todas las familias esa esperanza estaba presente, una

madre tejía un suéter, o compraba el jean que al hijo le hubiera gustado, se ponía un cubierto más en la mesa. Tantas cosas.

Puede ser que haya madres encasilladas en ese sentimiento de esperanza y crean que sus hijos están vivos. Personalmente pienso que ninguno está vivo, o en el extranjero, o que no se comunica con los familiares porque ha perdido la memoria. No creo que se hayan ido y abandonado a sus familias. El Estado militar perpetró una gran matanza. Otra cosa no pasa por mi fantasía.

Las Madres llevamos muchos años de búsqueda que es lucha, o de lucha que es búsqueda. Se nos están agotando las reservas. Es bueno saber que se ha creado la red de HIJOS, que hay savia nueva que hará su propia lucha con un enfoque nuevo. El nuestro puede estar perdiendo brillo. Llega una edad en que se pierde la memoria, ¿por qué no la salud? Es algo biológico, tiene que ver con la vida.

De todos modos, lo que no está escrito, nosotras aún podemos contarle.

Buenos Aires, agosto-octubre de 1995

se hubiese quedado en La Plata. Porque no fue así estoy acá, o sea que podría estar en la casa de cualquiera de esos hombres.

Hace poco fueron mi hermano con otros cinco o seis chicos a un programa de televisión. Mi abuela, que es Madre de Plaza de Mayo, vio el programa y no le gustó. Primero porque estaban las Abuelas y no las Madres y segundo porque nosotros lo que siempre decimos es que somos totalmente independientes de las Abuelas, de las Madres y de todo organismo. Que somos HIJOS.

En el programa se contó lo de Verónica. A ella desde los dos o tres años hasta los 12 las abuelas no le dijeron qué había pasado con los padres, le decían que trabajaban todo el día y que cuando ellos venían ella ya dormía, lo mismo cuando se iban. Mi abuela no tuvo mejor idea que llamar por teléfono a casa y decirle a mamá: "Nosotros educamos bien a los chicos, siempre dije que había que decirles la verdad". Mamá se puso verde y le dijo de todo porque lo único que hacía en aquellos años era criticar. Era como si se atribuyera el hecho de habernos criado.

No puede ser que la abuela se quede con todas las fotos. Es no reconocer que hay lugares distintos, el de la viuda, el de los nietos.

Antes de que se formara HIJOS había un grupo de diez o quince chicos, Hijos y Nietos se llamaban, algo así, y un día Hebe los echó de la plaza. Les dijo ustedes se van porque la plaza es mía. La plaza no es tuya hay que decirle, estamos acá por lo mismo, vos sos madre, nosotros hijos, en definitiva queremos lo mismo.

Tenemos que ser hijos como hijos, no como hijos que colaboran con las Madres o con las Abuelas. Somos los hijos de los desaparecidos y no los pudimos disfrutar. Algunos ni siquiera los conocimos, los que los conocieron fue por muy poco. Ser hijos que no tuvieron a sus papás o a sus mamás para que los críen y los cuiden, todo eso que hacen los papás y las mamás, nos da independencia.

Por razones biológicas somos los que vamos a continuar la memoria. Para eso estamos todos juntos.

Buenos Aires, agosto de 1995

OCULTAR NO SIRVE

Estela Carlotto

Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo

Lo veíamos venir. Nuestros hallazgos de nietos en poder de apropiadores eran relativos y pasaban los años y nosotras estábamos apuradas porque no queríamos que nos sucediera lo que ahora nos está sucediendo. No queríamos que nuestros nietos empezaran a buscarnos a nosotras, que el camino se construyera a la inversa, no queríamos que ellos sufrieran más. Esa búsqueda es dolorosísima, nosotros somos adultas y sabemos más o menos canalizar el dolor. No queríamos que estos chicos, ya tan lacerados, tuvieran que empezar ellos a rastrear a sus papás, a su familia, a preguntarse quiénes verdaderamente son.

Esto está pasando, chicos de 18, 19, 20 años están viniendo a nuestra asociación, muy angustiados, con muchos problemas sin resolver, también como cargando una deuda de gratitud con los que los criaron, bien o mal. Como con un enganche perverso cuando el que los crió es un policía o un militar. Es como ese síndrome del torturado, tan estudiado ya, esa especie de ida y vuelta que existe entre la víctima y el victimario, y estos chicos lo manifiestan evidentemente.

A veces vienen una vez y no vienen más. Es como si el primer impulso que tuvieron muriera al buscar una dirección y tocar un timbre. Tal vez eso ocurre por miedo, por miedo al dolor, porque saber quizá de un papá torturado, una mamá torturada, un nacimiento en un campo de concentración, es muy duro para un adolescente que está buscando la verdad. Pero la mayoría de los chicos vuelve.

Cada caso es diferente. Un chico fue criado como hijo propio por un militar y su mujer. La mujer, dice el chico, es una buena persona, siempre tuvo con él una conducta sana, pero siempre

la mentira del hijo propio. Fue creciendo con cierta rebeldía y el padre lo empieza a castigar. Ahí se entera el chico de que no es hijo de ellos y hace una vida muy terrible, se vuelve más rebelde y el presunto padre lo castiga muchísimo. Una vez le da de cadenzos y él se va de la casa.

La crianza de los hijos apropiados, sobre todo si son mujercitas, es muy perversa. Suelen ser objeto de abuso sexual. Una nieta —que afortunadamente hoy está con su abuela— contó que un día vino a la casa un amigo de su apropiador y le dijo: “Qué linda está tu hija”. “¿Te gusta? Cuando sea grande es tu-ya”, respondió delante de la chica.

La vez pasada vino una joven de 25 años, ya madre, que sabía que era adoptada y que las circunstancias de su adopción eran bastante extrañas: la habían encontrado en un instituto de menores como NN y sus características físicas y la ropa que vestía denotaban que no era una chica abandonada. Además, no era recién nacida. La adoptó un matrimonio.

Tuvo hijos y quiso saber. Porque la no identidad de ella se transfiere a la no identidad del hijo. Ese hijo es de ella, pero ella ¿de quién es? Lo primero que hizo fue ir a la comisaría cuyo personal, según el expediente de adopción, la había encontrado. Nadie sabía nada, pero un oficial le dijo: “Andá a lo de las Abuelas de Plaza de Mayo, ellas te van a ayudar”. Qué ironía, de dónde venía el consejo.

Nuestro organismo ha recogido denuncias de 220 casos de chicos desaparecidos en cautiverio o no. A veces desaparecieron los chicos y no los padres. De los 220 casos hemos esclarecido y resuelto 57. Una de las dificultades con que tropezamos es que el Banco Nacional de Datos Genéticos está incompleto. Para certificar la filiación del chico hacen falta análisis de sangre de los cuatro abuelos y eso sólo se da en un 40, 45% de los casos denunciados.

En realidad, estimamos que el número de chicos apropiados es más del doble, ascenderá a unos 500. Mucha gente no ha denunciado la situación por distintas razones. Por ahí mataron a toda la familia y el chiquito se quedó solo y nadie lo busca. Hay gente de provincia que por motivos económicos no puede trasladarse a Buenos Aires y esa distancia pesa, aunque tengamos

algunas filiales en el interior. También hay miedo, la gente tiene miedo, se anima ahora un poco más y de hecho se están recibiendo nuevas denuncias a partir de la reparación económica a los familiares de desaparecidos.

En otros casos los padres no sabían que la hija estaba embarazada, no estaba en contacto con ellos por razones de seguridad. Mi hija desapareció y yo no sabía que estaba embarazada, me enteré del embarazo de Laura por una liberada del campo de concentración que nos avisa que estaba de 6 meses, que estaba bien, que iba a nacer el bebé. La noticia nos llenó de alegría porque pensamos que eso la iba a salvar. Ahora, además, estoy buscando a un nieto. Si no hubiera recibido ese mensaje no lo buscaría. Yo no había visto a Laura en los últimos meses y ella al papá no se lo confesó, se ve que le dio alguna vergüenza o algo o reservaría la noticia para otro momento.

Fui madre de una militante que no era de armas llevar, que fue muy perseguida hasta que cayó y yo tenía mucho miedo y mucha incompreensión hacia su militancia. Creo que todas fuimos comprendiendo de a poco la militancia de nuestros hijos, respetándola y tratando de preservarlos hasta donde pudimos, y después asumimos nuestro papel en función del respeto y orgullo que su militancia nos merece. Pero hay padres que no, hay padres que por su trayectoria ideológica o su ignorancia cultural no han querido saber nada, ni comprender, ni entender, y en algunos casos le echan la culpa al propio desaparecido.

Hacen una consideración tan simple que es bastante desgarradora: “Yo lo mandé a estudiar y él se metió en política, le dije que estudiara y no que hiciera política”. Todavía no se ha aclarado históricamente en la Argentina todo lo ocurrido, no hay una conciencia general de que la culpa la tiene el secuestrador, no el desaparecido. En algunos casos la militancia del hijo es como un secreto de familia, como un pecado, y los padres ocultan la desaparición porque no asumen su militancia frente a la sociedad y tampoco buscan si el hijo tuvo un hijo, si les dio un nieto.

Hay chicos que ignoran su origen porque los abuelos no les han contado y ellos han crecido en medio de un pacto de silencio familiar. Conozco a un señor, excelente persona, que ha criado a

su nieto al que le dice hijo y el nieto le dice papá y en la casa no le hablan del papá verdadero ni de por qué está ausente. El padre-abuelo nunca le contó su historia y eso para protegerlo, por amor mal entendido.

Hay una apropiación familiar, consciente o inconsciente, hecha desde el afecto, mal, pero desde el afecto. Hay el temor de hacer sufrir más al chico y hay el temor de que le pase algo porque las seguridades no están dadas. El miedo existe todavía porque los delincuentes están en libertad, la gente nunca se va a olvidar de cómo se llevaron a sus hijos. Cuando se creó HIJOS aquí vinieron abuelas porque los nietos que habían criado se integraron a ese grupo y nos pedían auxilio porque tienen miedo de la militancia de los chicos, que se repita lo de los padres, que se repita el riesgo de la desaparición. Ahí los frenan y los condicionan.

Nosotras decimos que hay que ventilar la historia, esclarecerla, limpiarla, duele pero es como una herida que debe cicatrizar y la única forma de hacerlo es con la verdad y una reparación, aunque sea moral, la otra ya no existe. Es la única forma de evitar que el crimen se repita. La inmovilidad, la indiferencia, hacen que las cosas se repitan y las mentiras y el ocultamiento no sirven.

Lo único que repara una situación perversa es la verdad, nosotras decimos que es como un nacimiento porque duele, pero se sale a la vida, a la luz, a la identidad, la familia, la propia historia. Duele, pero es necesaria. Nos cuesta mucho hacérselo entender a los jueces que argumentan sin profundizar que, por el bien del menor, es mejor dejar las cosas como están o que se siga viendo con sus apropiadores. La continuidad de ese contacto es pernicioso. Si al chico encontrado no se le abren las puertas de la verdad y no se hace un corte con la mentira, es como decirle a un drogadicto: "Hoy ponete una inyección de alcaloides, mañana ya no". El tratamiento para algo tan terrible es un corte terminante.

Hasta ahora ningún chico de los que hemos encontrado y restituido a su verdadera familia ha querido volver con los apropiadores. La nueva vida le cuesta al chico, le duele, reacciona, condiciona, chantajea, hace de todo en ese proceso y la familia lo

acompaña y los psicólogos también. Cuando acomodó todo y puso las cosas en su lugar, el chico pregunta, el chico repudia al que lo robó y aunque haya pasado de una situación económica muy buena a una no tan buena, valora la verdad y el afecto de la familia y mide la mentira de su vida anterior. Así ha sido nuestra experiencia más nutrida, la que hicimos con los más chicos.

Con adolescentes es distinto, bastante más difícil. A un chico de 17 años ni nosotras ni el juez le puede impedir que se siga viendo con los apropiadores o los visite en la cárcel. Los jueces nos dicen: "Señora, ¿qué piensa?, ¿le voy a decir que no a un chico de 17 años que quiere verlos aunque están presos?". Pero seguro que cuando el chico va a verlos a la cárcel el mensaje que recibe de esos personajes siniestros es: "Yo no tengo la culpa", "yo no sabía nada", "yo no te robé", "mienten, sos hijo nuestro". No hay amor, hay una apropiación.

Cuando hay amor al chico se le dice: "Qué querés saber, yo te voy a ayudar". Pero los apropiadores no hacen eso, ponen barreras a la verdad, le pasan al chico una factura permanente, le dicen: "Yo te cuidé, yo te alimenté", y todo eso el chico de alguna manera lo quiere agradecer y la forma del agradecimiento es no herirlos, es no irse de la casa, no cortar o no reconocer en esa persona quizás al asesino de sus padres.

Durísimo.

Buenos Aires, agosto de 1995